



CARGAR CON LA CRUZ

Quizás, hoy, algunos de los que se dicen cristianos, influenciados por un entorno antirreligioso, puedan ser asaltados por la duda: ¿Tenemos futuro como discípulos de Jesús? ¿Nuestra vida cristiana tiene visos de poder seguir adelante hacia su plenitud? ¿Caminamos por la senda trazada por Jesús?

Son preguntas que están ahí pero que responderlas de forma positiva sólo puede hacerse a la luz de la fe, en la creencia de que Jesús puede ser nuestra referencia en la vida y en la decisión de seguirle. Se trata de vivir como Él vivió, contribuyendo a «humanizar la vida» y contribuyendo a que, poco a poco, «se vaya haciendo realidad ese mundo donde reine Dios y su justicia».

Esto quiere decir que los cristianos hemos de poner verdad allá donde haya mentira, hemos de buscar la justicia allá donde exista injusticia, especialmente con los más débiles, y hemos de reclamar compasión allá donde haya indiferencia o pasividad frente a los que sufren.

Ello exige determinación y compromiso, pues llevar a la vida diaria las actitudes de vida de Jesús, hoy, no es tarea pequeña. Exige, como dice el Papa Francisco, «*remar*

contracorriente» y remar contracorriente nunca es fácil, pero es lo que hoy toca.

Hemos de ser también conscientes de que contradecir al mundo, no es inocuo. Es previsible que nos genere conflictos y sufrimiento. Hay que estar dispuesto a cargar con las reacciones y resistencias de quienes, víctimas de su debilidad o condicionados en exceso por los intereses terrenales, no buscan un mundo más humano.

Hay que estar dispuesto, pues, a cargar con la Cruz de Jesús. Jesús lo dice claramente «*Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, cargue sobre las espaldas su cruz y sígame*».

El Papa Francisco lo recalcó, así mismo, con vehemencia, en su primera homilía a sus Cardenales, tras su elección como Sucesor de Pedro. «*Cuando caminamos sin la Cruz, cuando edificamos sin la Cruz y cuando confesamos un Cristo sin Cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor*».

Y es que a Cristo se le sigue por la senda de la Cruz, esto es, por la senda del amor auténtico que sabe renunciar o posponer, incluso lo que parece más puro y santo como

el amor a los padres, hijos o hermanos, Podemos *«divinizar»* otros amores, otros quereres que nos parecen muy legítimos pero hemos de estar especialmente atentos: *«nada ni nadie ha de rivalizar con el Señor en nuestro corazón. Suyo ha de ser el primer lugar en nuestra vida. Y ante el amor de Dios, frente a Nuestro Señor, todo ha de tomar segundos o terceros lugares pero jamás el primero.»*

Llevar la Cruz es, pues, un privilegio, algo apasionante, algo que no tiene precio, *«algo que llena y da sentido pleno a la vida»*. Es difícil imaginar una vida más digna y noble al margen de Jesús. Fuera de Jesús sólo encontraremos interés y mediocridad, mientras que en Él nos encontraremos con la excelencia de su amor y con su inmenso poder de sanación.

La Cruz sana y salva. El teólogo J. Moltmann, refiriéndose a los campos de concentración nazis, escribió: *«si en Auschwitz se rezó, es posible orar en cualquier situación»*. Y nosotros añadimos, *«si Cristo oró en la Cruz, nosotros podemos orar en la desesperación, en la depresión, en la angustia, en la desgracia, en la enfermedad, en el momento de nuestra muerte»*.

Sin embargo, vivimos unos tiempos en los que las personas huyen del sufrimiento y cuando este aparece en su vida, se hunden en la depresión o rechazan a Dios por permitirlo. No reparan en que *«Dios no vino a suprimir el sufrimiento, si no a llenarlo con su presencia»*.

La cruz, de un modo o de otro, está en la vida de cada uno de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, pero es en la Cruz donde encuentran sentido nuestras cruces, hablando de cruz a Cruz con Aquel que la sufrió de forma inhumana.

La muerte del Señor en la Cruz nos revela que su sufrimiento es el de todos los que, de mil modos diferentes, son los crucificados de la tierra. Los atados a su silla de ruedas o a la celda de su prisión, los que son víctimas de las drogas, los que sufren la pérdida injusta o absurda de seres queridos, los que se enfrentan a una enfermedad grave, a su depresión o a su desesperación, los que deben reorientar su futuro tras una experiencia de fracaso en su vida, los que sufren el hambre endémica, los sin techo, quienes experimentan al fracaso en la pareja o en la familia, los que se enfrentan a su propia soledad,... Todos ellos son prolongación histórica de Jesús Crucificado.

La Cruz gloriosa de Cristo se alza hoy ante nosotros como signo y señal de una fe que es compartida por muchos hombres y mujeres que sienten la necesidad de sentirse amados y de amar, que buscan el encuentro con Jesús.

Él siempre escucha los clamores de los crucificados de la tierra y es generador de esperanza, impregnando a la persona dignidad y confianza para soportar los sufrimientos de su cruz.

Es bueno, pues, orar y no dejar de hacerlo nunca. Nunca darse por vencido ante la adversidad y confiar siempre en Dios aunque no podamos comprender el misterio de nuestras aflicciones.

Pidámosle, pues, al Señor, en esta Semana Santa, que nos haga fuertes para llevar con dignidad las cruces de la vida, confiados totalmente a su misericordia y ello porque su bondad y amor en ningún momento dejan de estar presentes.

¡Las cruces están en la vida pero la Vida está en la Cruz!

¡Que sí sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
13 de abril de 2014